

Entre los sueños del capuchino español, que sus contemporáneos juzgaron sin duda estrafalarios, y la espléndida realidad, habrían de transcurrir más de dos siglos.

Carlos GONZALEZ PEÑA.

El Universal.

México, D. F., 27 de mayo de 1934.

LOS ROMANCES DEL RÍO DE ENERO

DE ALFONSO REYES

Lo mismo que el contenido, la tipografía de este librito es para inundar el alma de refinado deleite. Salió de las manos reverentes del Maestro-Impresor A. A. M. Stols de Maestricht, Holanda. Como la mayoría de los opúsculos de Alfonso Reyes éste se destina también a circular entre los amigos y admiradores del gran mejicano sin trascender al gran público. Gracias a la amabilidad de W. D. F. hemos podido leer estos romances, cuyo sabor se paladea con el mismo disfrute que se tiene ante las cosas pequeñas, en que se espejean profundidades de mundos indeciblemente hermosos.

Con Paul Claudel ha sido Alfonso Reyes el embajador-poeta de más enjundia que ha ocupado en esta generación cancillería alguna. Igual que Claudel tiene Reyes raíces en el pasado, pero el suyo está trabado íntimamente con el patrimonio de la raza hispana. A diferencia de Claudel, sin embargo, tiene Reyes los ojos clavados en tres continentes. En él, mejor que en ningún hombre de América, se da la conjugación de los verbos hispanos en toda su armonía. Este excelso mejicano sin ser negador de la gran sorpresa hecha carne, que vino a ser América, ha sabido adivinar los hondos manantiales de España. De igual modo que Rubén, y aún más que Rubén en cierto sentido, Reyes ha cuajado en su espíritu las esencias no sólo de lo español en todas sus dimensiones sino que por el azar de su carrera diplomática ha sabido trasegar a las entrañas de su ser el lusitanismo de ultramar. Este hombre todo cultura y de la cultura más difícil de todos los tiempos, la que nutrió a poetas como Góngora y Mallarmé, no se ha dejado esterilizar por la exclusiva preocupación de la forma artística. Evidencia clara de que su adherencia a los elementales impulsos del hombre y de la comunidad es consubstancial en él la tenemos en *Romances del Río de Enero*. (1933).

Alfonso Reyes es un exquisito catador de ciudades, Sevilla, Burgos, Madrid, para sólo nombrar las de España, recibieron fervoroso culto de su parte en unos escritos suyos, poesías o ensayos, trazados con el concienzudo buril del artesano-poeta enamorado de su labor. Su residencia como embajador de su país en el Brasil, le ha hecho compenetrarse con lo más íntimo del espíritu lusitano encarnado en pueblos y tierras de América. Hasta la fecha sus sentimientos vividos de ciudades no habían dado con el perfecto molde. Río de Janeiro le conmovió tanto que el portugués suavizado del Brasil le exigió un traslado de sus vivencias en aquella forma métrica en que por muchos siglos cantó lo mejor de Portugal y Castilla —el pie de romance.

“El romance nos trasporta a la mejor época de la lengua, tras evocaciones tónicas; la lengua desperezada ofrece sola sus recursos . . . el romance deja entrar en la voz cierto tono coloquial, cierto prosaismo que se nos ha pegado en esta época, *al volver a las evidencias*”. La cita y en particular las palabras que subrayamos, tomadas a la autocrítica que remata este precioso librito, más que nada manifiestan el alcance que Reyes atribuye al cultivo del romance en este período vigente.

Tan sólo once romances, divididos en once cuarteles cada uno, es el regalo que nos otorga ahora. El milagro de Gil Vicente se repite en Reyes, pero esta vez a la inversa. Gil Vicente supo teñir mágicamente el castellano de este flúido *qui generis* que es el lirismo saudoso. Alfonso Reyes hasta cierto punto reciproca el gesto. El, que fué amamantado en el castellano, por su inmersión en el mundo lusitano, ha sabido extraer algunas gotas de las quintaesencias brasileñas y con ellas salpicó sus versos (introdujo discretamente algunos lusismos) flexibilizándolos hasta darles una suavidad sólo posible en la lírica portuguesa.

Quedamos tan extrañamente embobados de gozo leyendo estas poesías de Alfonso Reyes que por un momento buscamos en el recuerdo correspondencias o parecido estado de alma. Y sólo el

romance de *Don Duardos y la infanta Flérída* de Gil Vicente supo embujarnos en la misma medida.

El Ruido y el Eco, el número 9 de la colección, nos parece el romance que mejor sintetiza a nuestro poeta. Como muestra del valer de este romance allí van unas cuartetas:

Rondas de máscara y música
posadas de Navidad;
México, su Noche-Buena
y Río su Carnaval.

Allá balsas de jardines
vihuelas para remar,
y sombreros quitasoles
que siguen el curso astral.

Y yo, soñando que veo
piraguas por el Canal
rebozos y trenzas negras
en que injerto el rosal.

Entre luz de dos visiones
refleja y libra el cristal
dos madejas enlazadas
se tuercen en mi telar.

¿Dónde estoy, no lo acierto
que no me puedo acordar?
Ando perdido en la calle
náufrago de la ciudad.

M. J. BENARDETE.

Boletín del Instituto de las Españas,

julio 1934. No. 12.